



Recuerdos de Vaparaíso

Soy la menor de once hermanos. Crecí en los cerros de Valparaíso, en el cerro Las Monjas. Dentro de todo, tuve una infancia feliz. Jugábamos en la calle con los hijos de los vecinos y nos divertíamos con cosas sencillas.



No tenía mucha ropa ni zapatos, pero no faltaba la comida. Mis papás trabajaban, y mis hermanos mayores nos cuidaban y nos ayudaban a hacer las tareas. Eso sí, no tenían mucha paciencia.

Los primeros años de estudio me costaron un poco, pero ya en quinto año básico me sacaba el segundo y tercer lugar en los cursos. En esos años, tuve una amiga muy querida. Se llamaba Mari-sol. Estuvimos juntas hasta octavo año. Pasé mucho tiempo en su casa, y tengo lindos recuerdos con ella y sus papás.

Mi mamá era muy trabajadora. Cuidaba niños o lavaba ropa ajena. No tuvo muchos estudios, por eso se esforzó para que sus hijos fueran al colegio. Mi papá era muy callado casi siempre. Era difícil saber lo que pensaba o sentía, pero siempre se preocupó de que hubiera comida en la mesa. Cuando estábamos juntos, lo pasábamos muy bien, con mucha alegría.

Mónica, 3º año básico

Recuerdos con polvo de estrellas



En los días dorados de mi infancia, corría libre por un callejón de tierra, donde el sol se escondía entre los juegos de mis hermanos y yo. Jugábamos sin fin, creando mundos con solo imaginar, aunque los libros del colegio no me llamaban tanto como la aventura.

Un día, como en un hechizo del destino, conocí al abuelo de Agustín. Nos miramos y, sin saberlo, comenzamos un pololeo que el tiempo convirtió en magia.

Pasaron los años, tejimos juntos una familia con hilos de amor.

Y así, como nace una estrella en el cielo, llegó la mamá de Agustín, trayendo al mundo al nieto más maravilloso, mi pequeño tesoro, mi pedacito de eternidad.

María, 5º año básico, guardiana de los recuerdos encantados.

Mi Infancia

Mi infancia fue muy bonita, ya que mis padres eran personas muy buenas. Mi papá era leñador y talaba árboles en el bosque. Mis hermanos y yo lo acompañábamos; nos divertíamos mucho entre los árboles.

Papá preparaba el almuerzo en un fuego a leña, y tomábamos té en choquero, con pan amasado calentito ¡Todo era muy sabroso!

En la casa criábamos gallinas, conejos y patos. También había muchos árboles frutales.

Un día, se perdió mi hermano menor. Lo buscamos por todos lados, y al fin lo encontramos debajo de un árbol. ¡Se había quedado dormido comiendo duraznos!

Abuelita de Emiliano, 4º año básico.



La Abuelita de las mil flores

En un colorido pueblo llamado Limache, vivía una abuelita mágica llamada Jessica. Tenía 52 años, pero su corazón era tan joven como una mariposa recién nacida. Jessica no era una abuela cualquiera... ¡era la abuelita de las mil flores!

Jessica venía de una familia enorme. ¡Imagínate, eran 16! Cuando se reunían, el aire se llenaba de risas, canciones y olor a empanadas. Siempre hacían cosas divertidas juntos: volaban cometas en la playa, bailaban cueca en septiembre y encendían lucecitas mágicas en Navidad.

Lo más especial de Jessica era su jardín encantado. Allí, hablaba con las plantas, que le contaban secretos del bosque, y tejía bufandas que cambiaban de color según el clima.

También cosía con hilos invisibles y cocinaba galletas que hacían cosquillas al primer mordisco. Pero lo que más amaba Jessica era pasar tiempo con sus nietos. Cuando estaban con ella, podían volar en alfombras tejidas, hacer manualidades que cobraban vida y escuchar cuentos que se escapaban de los libros para darles las buenas noches.

Y así, con una vida sencilla, pero llena de amor y magia, Jessica vivía feliz, repartiendo abrazos y flores encantadas por todo Limache.

Rosa, 3º año básico



Vivianita y el Valle Encantado de Limache



Había una vez, en un lugar rodeado de colinas verdes y cielos azules, una niña llamada Vivianita, que vivía en un rincón muy especial del mundo: el pasaje La Viña, en el mágico sector de San Alfonso, en la ciudad de Limache.

Vivianita era una niña curiosa, valiente y con una imaginación tan grande como un castillo de nubes. Cada mañana, muy temprano, se ponía su mochila y caminaba hacia la plaza República, donde tomaba un carruaje encantado —que los grandes llamaban “micro”— junto a su amigo fiel, el conejo Sargento Aldea, quien usaba un sombrero de capitán y sabía todos los caminos secretos.

—¡Vamos al otro pueblo, Vivianita! —decía el conejito, mientras las ruedas mágicas del carruaje rodaban sobre nubes de azúcar.

Después de un día lleno de aprendizajes y travesuras, Vivianita y sus amigos regresaban en el bus de Limachito, un dragón dormilón que volaba bajito para dejarlos cerca de casa, entre higos, uvas y canciones del viento.

En su hogar, Vivianita vivía grandes aventuras con sus hermanos. Uno de sus juegos favoritos era ir a robar tunitas del bosque encantado. Pero ¡ay! aquellas tunas estaban protegidas por las espinas traviesas, que se pegaban a sus manos y patas como cosquillas mágicas.

—¡Otra vez nos atraparon! —decían entre risas, mientras su mamá los curaba con besos de hada y un regaño cariñoso.

Un día, cuando empezó el colegio de los unicornios sabios, su mamá le puso un chaquetón gigante, hecho de lana de nube y forrado con plumas de colibrí. Pero a Vivianita le daba tanta vergüenza que lo escondía en un hoyito secreto junto al estero de los suspiros, donde las piedras cantaban al atardecer.

—¡Shhh, no se lo cuenten a mamá! —les decía a los árboles, que asentían con sus ramas.

Hoy, Vivianita guarda todos estos recuerdos en su corazón, como si fueran polvo de estrellas en una botella. Porque hay historias que jamás se olvidan, sobre todo cuando están hechas de amor, risas y magia verdadera.

Viviana, 5° año básico

Mi infancia, un rincón lleno de aventuras.

¡Mi infancia fue una de las mejores etapas de mi vida! Cada tarde, salíamos corriendo a jugar al pasaje, ese pequeño camino donde se reunían todos los niños del barrio. Éramos como una gran pandilla de sonrisas y energía. Inventábamos mil juegos, pero uno de nuestros favoritos era hacer de cuenta que teníamos una florería. Recojíamos ramitos de flores (shhh... a veces los tomábamos prestados de los jardines de los vecinos) y los vendíamos como si fueran tesoros perfumados.

A veces, los días se llenaban de deporte. Unas tardes jugábamos fútbol, otras veces nos tocaba el básquetbol. Corríamos, reíamos y nos

caíamos... ¡pero siempre nos levantábamos con una carcajada!

Cuando llegaban las fiestas de fin de año, el pasaje se transformaba en un lugar mágico. Juntos limpiábamos cada rincón y decorábamos los árboles con brillantes adornos navideños. Era como si el espíritu de la Navidad viviera en nuestro barrio.

Todos esos momentos quedaron guardados en mi corazón, como fotos en un álbum invisible. Fueron días inolvidables, llenos de amistad, juegos y alegría.

Abuela de Martín, 4° año básico

La abuelita Rosa su vida de aventuras



¡Hola! Me llamo Rosa y tengo 93 años. Nací hace mucho, mucho tiempo en un lugar llamado Quillota, un pueblito lleno de árboles, calles tranquilas y gente amable. Yo era la hermana mayor de todos en mi casa, ¡como la capitana de un barco lleno de traviesos marineros!

Mi papá trabajaba en un coche tirado por caballos. ¡Sí, caballos de verdad! Me encantaba acariciarlos y darles zanahorias bien crujientes. Y cuando se portaban muy bien, les dábamos un premio especial: ¡un terroncito de azúcar! ¡Cómo les brillaban los ojos de felicidad!

Mi infancia fue muy alegre. Corría por las calles de Sargento Aldea con mis amigos, inventábamos juegos y reíamos sin parar. Iba a la escuela que se llamaba Escuela Normal, en el Colegio de las Monjas del Huerto, donde aprendíamos muchas cosas y hacíamos manualidades con nuestras propias manos. ¡Nos quedaban preciosas!

Tenía una amiga muy especial: era la hija de la cocinera del colegio. A veces, cuando íbamos a jugar, su mamá nos regalaba pan calentito, recién salido del horno. ¡Mmm, qué rico olía!

Con el tiempo, me fui a vivir a Limache. Y fue en los años 70 cuando comenzó una nueva aventura: me convertí en la primera mujer feriante de Limache. Vendía frutas y verduras en la feria, y todos me conocían. ¡Era un trabajo duro, pero lo hacía con mucho cariño!

Después de muchos años, me retiré. Y ahora, mi mayor alegría es disfrutar de mis nietos, contarles historias, y ver cómo crecen mientras les entrego todo mi amor.

Rosa, 3° año básico